

Flama interrumpida

María Cristina Estrada Hernández

Fuimos dos flamitas olvidadas. Así crecimos: pegaditas una a la otra en medio de una densa oscuridad. Seguía tus juegos, tus pasos, tus travesuras... podíamos pasar desapercibidos por la agilidad y la esbeltez derivadas de la mala alimentación. Éramos tan parecidos: delgados, cara sucia, piernas y brazos largos; tú hombre y yo mujer; un año sólo de diferencia.

Como no congeniabas con los hermanos mayores te aliaste con la menor, es decir conmigo. Después vinieron más hermanas y fuiste nuestro líder; si tenías un pan lo compartías con nosotras; si el café con leche que cenamos por mucho tiempo, era insuficiente, nos hacías creer que lo convertías en mucho cuando sólo le agregabas agua.

Tenías sensibilidad y percepción femenina, por eso nos dejaron a tu cargo y tu cuidado. Sabías que éramos las únicas que te tomábamos en cuenta y que te obedecíamos, por eso se creó un vínculo de complicidad. Nos decías a qué hora nos acostáramos y a qué hora debíamos levantarnos. En las navidades eras el primero en descubrir lo juguetes que nuestro padre colocaba cerca de nosotros. Nunca tuvimos un árbol de navidad, pero la campanita que mi madre instalaba en la ventana era suficiente para que nos contaras infinidad de historias.

A medida que fuimos creciendo y que las diferencias sexuales se iban acentuando, fuiste perdiendo terreno. Fue angustiante para ti enfrentarte a las exigencias del mundo varonil, pues a pesar de contar con el ejemplo de tres hermanos mayores, nunca perdiste tu alma de niño. Por eso se complicó tu existencia y entraste en una vorágine que te llevó a perder suelo, familia y hasta dignidad.



Y sin dignidad ni salud te quedaste cuando decidiste entregarte a la evasión ensoñadora de los psicotrópicos. En ellos encontraste la solidaridad filial, la protección maternal, el paternal consejo para sobrevivir y hasta el alimento. ¿El pago? Tu voluntad, una voluntad que ya no escuchaba los tiernos ruegos de tus hermanas pidiéndote que te alejaras del peligro y que volvieras a ser el joven sano y entusiasta que eras. Así se fue apagando la intensa llama que un día iluminó tu vida.

Convertido en harapo humano vagabas por las calles. Tus ojos hundidos reflejaban una enorme tristeza y profundo resentimiento hacia quienes te dieron la vida y hacia una sociedad incomprensible. Tu cuerpo se fue secando: la mitad de él ya no tenía vida; tu pelo se volvió ralo, escaso y blanco; de pronto de los 28 años pasaste a los 90, perdiste el equilibrio y la noción de la existencia. Tanta misericordia inspiraste al Creador que decidió darte una oportunidad más y puso en tu camino un alma caritativa; te alentó a recuperarte, pero esta mejoría sólo duró un corto tiempo. Luego recaíste de nuevo y esta vez para no volverte a levantar. Una mañana la presencia del sol no fue suficiente para invitarte a seguir adelante y, ya sin esperanza, tu vida escapó como un suspiro.

La mitad de mi alma se ensombreció y la otra enfurecía cada vez que sentía la presencia de aquella que te dio la vida, que sin ni siquiera un lamento te dejó ir; dejó que se te acabara la existencia. Sentía que mi cerebro estallaba al ritmo de la pregunta ¿Por qué? Quise en un momento dado ser tu madre, pues dicen que las madres cambian su vida por la de sus hijos.

Ahora sé que estás bien. Volviste a recuperar tu rostro y tu mirada de niño. Sin palabras me hiciste saber que nadie fue culpable y que ahora eras realmente feliz. Me dijiste adiós, pero también prometiste que estarías siempre conmigo. Ahora sé que los dos vemos el mismo cielo, pero tú más cerca que yo.